

La relación humanidad-naturaleza desde la perspectiva del marxismo clásico fundador

Dr. C.Ec., Prof Titular Rafael Emilio Cervantes Martínez

Ms.C., Prof. Asist. Ana Isabel Fernández López

ITM José Martí

En las últimas tres décadas, existe una preocupación cada vez mayor, por los problemas ecológicos globales. La crisis, como siempre, es la gran partera de la historia. Los presupuestos epistemológicos desde los que se abordan los problemas medio ambientales son diversos, pero el objetivo esencial es el mismo, salvar a la especie humana. Solo los que tienen mucho que perder si cambian los patrones de producción y consumo a nivel global, asumen una posición irracional e insostenible ante los ojos de la humanidad.

Desde la tradición marxista, no se ha logrado construir una crítica medio ambiental y un discurso movilizador de las diferentes fuerzas sociales a partir de los presupuestos metodológicos y teóricos del marxismo. No solo se ignora al marxismo en estos temas, peor aún, se le invalida y descalifica.

Convencidos de que más que un problema de incapacidad epistemológica y teórica del marxismo para explicar los problemas de la relación hombre-naturaleza, estamos ante un estancamiento por pereza intelectual de aquellos que quizás pensaron que el análisis de Marx de la relación de la maquinaria y la gran industria con la plusvalía relativa, bastaba para todo el tiempo de la sociedad del capital.

A nuestro entender, se impone empezar por un análisis del elemento raigal, genéticamente integrador, y directamente mediador, de la relación hombre-naturaleza en el marxismo: *el trabajo*.

En el marxismo clásico fundador, la relación hombre-naturaleza parte del análisis del doble carácter del trabajo, en particular, del papel del trabajo concreto, subordinado siempre en la producción mercantil, al trabajo abstracto.

El punto de partida para nuestro análisis es que el hombre es parte integrante de la naturaleza, a través de ella garantiza su hábitat, utiliza parte de los diferentes recursos naturales, de los objetivos históricos de consumo. La sociedad transforma la naturaleza para satisfacer intereses determinados, y realizará una valoración de las consecuencias para el entorno, en dependencia de la formación económica social imperante.

Con el surgimiento de la propiedad privada, aparece como el fin supremo de la producción, la acumulación de riqueza. La forma de la acumulación de esa riqueza ha transitado desde la apropiación de extensiones territoriales, de fuerza de trabajo esclava o de servidumbre, hasta llegar a la acumulación en forma de riqueza abstracta, en dinero.

Marx establece la relación que existe entre propiedad privada-codicia y valor-devaluación del hombre. Con respecto a esta última relación, llega a la conclusión de que cuando el hombre y el producto de su trabajo se convierten en mercancía y en capital, en la medida en que más riqueza produce, más devaluado está el hombre en su esencia humana.

La pobreza a la que se refiere Marx no es ante todo económica, se trata de un empobrecimiento humano, de la mutilación multilateral del hombre, que lo ha convertido en un ser dependiente de ese mundo de mercancías, y en el mejor de los casos, un simple consumidor. Estas relaciones se sintetizan en la ley general absoluta de la acumulación capitalista descubierta por Marx.

A medida que crece la potencia productiva del capital, crece proporcionalmente la amenaza de deterioro al medio ambiente, dado que al capital solo le interesa el autoacrecimiento del valor.

Si bien el objetivo de esta obra es el descubrimiento de las leyes que rigen el movimiento del capital, lo cual **impuso en la exposición**, el desarrollo preferente de la línea del trabajo abstracto, junto a las sucesivas metamorfosis de el valor, se narran las peripecias de los objetos físicos que lo soportan, llámese mercancía simple, medios de producción, capital fijo, capital circulante o sistema de máquinas, entre otros. *El análisis de la línea del carácter del trabajo concreto en esta obra, nos descubre el hilo de la metodología marxista en la relación hombre-naturaleza.*

El fetichismo de la mercancía, es junto a los problemas culturales, una de las causas determinantes de la crisis ecológica. Se podría afirmar que es la génesis más profunda dentro del entramado de la causalidad económica. De ahí que sea necesario rescatar el análisis realizado por Carlos Marx en su obra El Capital, acentuando su lectura ecológica, muchas veces oculta frente al enorme peso de las sucesivas metamorfosis del valor y del capital.

El valor de uso dentro de la mercancía, adquiere una determinación social, su comportamiento, en tanto portador de valor, no se rige por su carácter natural, por las leyes naturales, en lo adelante, estará gobernado por las leyes de la producción mercantil simple, y luego, por las leyes capitalistas de producción. Es así como ocurre un proceso de imposición de las leyes sociales a las leyes de la naturaleza, sin que importen para nada, en esta transmutación, las leyes de esta última.

El grado en que se expresa esta intromisión del valor, en las leyes de la naturaleza, dependerán del desarrollo de las formas del valor, en su incesante transformación. La aparición del dinero y consecuentemente del fetichismo del dinero, el surgimiento del capital y del fetichismo del capital, la formación de los monopolios, y del fetichismo del capital monopolista, el predominio del capital ficticio y su fetichismo, son en realidad, niveles de suplantación de las leyes de la naturaleza por las leyes de la producción de mercancías, potencias diferentes que gobiernan el modo en que el hombre se relaciona con la naturaleza para reproducir su vida material.

Se nos podría objetar que hay demasiado determinismo en estas afirmaciones, pero un somero análisis de los problemas globales que enfrenta la humanidad sería la mejor demostración de que las fuerzas productivas creadas por la humanidad, hoy funcionando en su mayor parte bajo la lógica del capital financiero transnacional, se han enajenado hasta tal punto de lo que podría ser su empleo racional, que están colocando a la humanidad cerca del punto sin retorno.

La fiebre del oro y la plata demuestran hasta que punto la sociedad puede suplantar las simples cualidades de un producto por significados subjetivos de sus relaciones sociales, y cómo en esta transformación de sentidos, se pueden llegar a esfumar sus cualidades físicas frente a las cualidades atribuidas socialmente, y el porqué la utilización que el hombre le puede llegar a dar a determinados productos, no es como tal

producto o recurso natural, sino que le da un tratamiento como valor, como portador de valor y como valor de cambio.

Otros componentes de la naturaleza virgen, adquieren también precio, con lo que el universo del mundo de las mercancías no termina con los productos del trabajo del hombre. Así, por ejemplo, la tierra, un papel llamado bono del tesoro, una cuota para contaminantes de gases a la atmósfera, son mercancías con tanto derecho a la vida, como la clásica levita de Marx. Estas nuevas mercancías, que no tienen de suyo sustancia de valor, son convertidas por el capitalismo, en naturaleza irracional, a través de la forma *precio*.

El proceso de producción capitalista, representa una amenaza para la naturaleza, porque no incluye en el costo de producción ningún criterio del costo para la sociedad, en especial el costo ecológico. El mundo de los sistemas naturales, los ecosistemas, etc, con los cuales la sociedad interactúa bajo estas formas sociales, son impactados por el proceso de producción social capitalista, sin que se observe su dinámica natural de reproducción. La relación *hombre-naturaleza* se manifiesta como relación *naturaleza-naturaleza*, relación entre cosas, que se enfrentan bajo la lógica de las relaciones entre los hombres, lo que explica buena parte de los trastornos *resultantes* al interior de la naturaleza.

No es el hombre en abstracto, sino las leyes económicas del valor, del capital, las que gobiernan en última instancia al hombre. Cualquier desequilibrio que se produzca en el entorno de la producción social, como resultado de este accionar anómico de la relación del hombre con la naturaleza, son explicables porque la naturaleza objeto de transformación productiva, funciona con una lógica extraña.

Al capital solo interesa el valor de uso en la medida en que esta participando en el proceso de producción de la nueva mercancía. Este lugar que objetivamente tiene el valor de uso en ese modo de producción, ha llevado en no pocas ocasiones a la confusión de que no le interesó a Marx suficientemente este lado del asunto. Sin embargo, si hacemos una relectura de esta obra, y seguimos cada paso del metabolismo de los elementos naturales del capital, no se tendrá más remedio que salir del error. Marx no le puede añadir al capitalismo algo que él no tiene, es decir, preocupaciones por el consumo material y sus impactos. Marx no está haciendo un tratado sobre la ética ecológica del capital.

Desde el punto de vista de la relación hombre-naturaleza la división social del trabajo determina la producción de uno u otro valor de uso, de uno u otro proceso de trabajo concreto y puede desencadenar a los efectos del medio ambiente, unos u otros impactos, con independencia de los cambios que se produzcan en la sustancia del valor

Debemos partir de un condicionamiento histórico del problema. No se puede entender que en toda circunstancia, más valores de uso constituyan más riqueza material, eso sería una lectura simple y lineal, que en un momento determinado puede sencillamente ser contraproducente para la vida misma del hombre. La riqueza material tiene un condicionamiento histórico, sobre todo qué se entiende por riqueza material, y cómo crece esa riqueza material. En la sociedad capitalista, al objetivarse el valor en el valor de uso, el incremento del valor se busca incrementando la riqueza material, el aumento de valor puede poner en peligro los sistemas que para producir esa mercancía tienen que intervenir.

El proceso de trabajo y la relación hombre-naturaleza

En el proceso de trabajo el hombre se propone la elaboración de un valor de uso, lo refleja idealmente, subordina toda su voluntad a esta actividad, realiza un grupo de acciones, pero el modo de esas acciones es una ley de las modalidades de su actuación. Hoy los capitalistas apoyados en la sociología moderna han llegado a lograr que los obreros en procesos puntuales de producción del ciclo transnacional del capital, lleguen a sentir motivación por el trabajo concreto que realizan, con lo que aumenta la

enajenación, pues se distancian de la comprensión subjetiva de su condición de esclavos asalariados modernos, trabajan felices para otro.

Según Marx, el objeto y medio general de trabajo es *la tierra*. Este es un concepto económico más cercano que el de naturaleza en general, porque es la parte de esa naturaleza a disposición del hombre para su metabolismo productivo.

La fuente nutricia para el proceso de trabajo es para Marx el *elemento*. Hoy encontramos diversas definiciones; medio ambiente, biosfera, entorno, biodiversidad, ecosistemas, entre otros. Para él, el trabajo lo que hace es *desprender* naturaleza de la tierra para modelarla a sus necesidades, ya sean materias vírgenes o materias primas, estas últimas como resultado del trabajo sobre la materia virgen. En el proceso de trabajo, la interacción de los tres elementos -trabajo-medios de trabajo-objeto de trabajo-, se presenta como un desgaste entre ellos, Marx lo llamaba *piedras que se van puliendo una con las otras*, que dan lugar al producto, en una cadena extensa de intercambios con la naturaleza.

No caben dudas de que para explicar los problemas ambientales se ha tratado al marxismo como al hermano menor que no debe interrumpir una conversación. El hecho de que en la época de Marx no se haya manifestado aún con la fuerza devastadora de hoy, la crisis ecológica, se ha convertido en razón suficiente para descalificar a la concepción materialista de la historia, como doctrina capaz de integrar la dialéctica sociedad-naturaleza.

Ante la creciente conciencia de los graves problemas ambientales, va surgiendo una avalancha de interpretaciones desde los más diversos presupuestos teóricos, ideológicos y culturales. La mayoría no asocian la crisis ecológica con la crisis del modo de producción capitalista. A lo más que se llega, es a la idea de encontrar *en los marcos de la reproducción del capital*, los contrapesos normativos, jurídicos y morales, que logren el tan ansiado desarrollo sostenible.

Como teoría social, el marxismo estudia la relación del hombre con los problemas medioambientales. La concepción materialista de la historia nos permite explicar las relaciones de la totalidad social con la naturaleza. En ella se presenta al modo de producción, condicionado en la interacción de sus dos componentes, las fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. Un ABC sospechosamente olvidado en sus detalles. De pronto aparecen teorías como la de las ondas largas que sustituyen la necesidad de la revolución social por la revolución de los paradigmas tecnológicos.

En los países subdesarrollados el mito de la industrialización ha operado como un ideal de desarrollo, incluso desconociendo sus posibilidades en otros sectores y ramas. Pero el marxismo clásico no redujo nunca el ideal de desarrollo, ni a la producción material en general, ni a una rama en específico.

Sobre el ideal comunista de consumo, se insiste en la interpretación unilateral de la conocida cita de Marx en la obra *Crítica al programa de Gotha*, acerca del principio comunista de distribución de la riqueza de acuerdo a las necesidades, el cual no encontraría límites en su apropiación de la naturaleza.

Muchos aspectos habría que discutir sobre la riqueza en el socialismo y el comunismo, que desbordarían sin dudas este análisis. No es difícil imaginar, que refiriéndose a una nueva sociedad, desenajenante y desarrolladora de la personalidad, en su ideal de riqueza, se haga énfasis en una *gran producción social* que satisfaga, no como hasta el momento, los lucros y caprichos de una minoría y la mas barata reproducción posible de la mayoría, sino las necesidades de *toda* la sociedad, como condición material de la riqueza humana. En esta cosmovisión, los elementos materiales, las fuerzas productivas y el consumo dejan de ser fines en sí mismos para convertirse en medios de vida, y no tiene sentido hablar de un consumo ilimitado, per se, del hombre.

Es una abundancia dentro de los límites de las necesidades de una sociedad de hombres cultos, es decir libres, en cuyos proyectos individuales de vida, no está como en otras épocas, ni el hambre de acumular tierras, riqueza abstracta o grandes reservas de valores de uso. Son hombres con un sentido diferente de la vida, que verdaderamente se ocuparán de desplegar todas sus potencias creadoras, y planificarán concientemente su actividad social. No se sostiene la interpretación de que estamos en presencia de una especie de sociedad piraña que devorará hasta el último nano de la naturaleza.

Para el marxismo el problema de la unidad de la heterogeneidad de los diferentes sujetos revolucionarios trasciende las luchas en el frente ecológico y abarca todos los objetivos de lucha antiimperialista. Hoy la tarea es aglutinar las diversas fuerzas políticas y sociales en la lucha ambientalista. El marxismo por definición no es una doctrina sectaria, incompatible con alianzas, incluso estratégicas con otras fuerzas sociales en aras de objetivos comunes para el bien de la humanidad, como lo demostró Lenin al levantar la consigna de proletarios y pueblos oprimidos, uníos y la Revolución Cubana en su política hacia la religión, en la capacidad de integración con estados de diferentes sistemas sociales y en la unidad de base amplia que se promueve en la Batalla de Ideas.

El capitalismo monopolista transnacional no está en condiciones de controlar y de utilizar *racionalmente* los recursos sociales (fuerza de trabajo) y naturales (medio ambiente) con que cuenta para su desarrollo.

Actualmente las transnacionales ya no solo se desplazan buscando escapatoria a la legislación laboral, sino también a la legislación ambiental.

La transnacionalización del capital va a un ritmo más veloz que la creación de normas económicas internacionales de protección de los recursos naturales, lo cual conlleva a un agravamiento de la crisis ambiental en sus diferentes aspectos: cambios climáticos, deforestación, escasez y agotamiento de recursos, extinción de especies, entre otras. Sobre la gravedad, magnitud y consecuencias de estos fenómenos, encontramos cada vez más coincidencias, y, salvo algunas posiciones en solitario, como la de los Estados Unidos de América, ya nadie, que pretenda ser respetado como sujeto internacional, puede evadir los términos del asunto.

Es necesario actuar a favor del medio ambiente, de su conservación y mejoramiento, pero ello no se debe quedar en el análisis o formulación de teorías, o en la creación de mecanismos que lleven a una educación ecológica, estas son solo aristas de la solución del problema. Su núcleo central debe ir directamente a las causas que provocan su deterioro, es decir, a las relaciones políticas y económicas y culturales que imperan en el mundo contemporáneo.

La conexión entre *medio ambiente y desarrollo* tienen aspectos concretos, no es solamente una cuestión de buena voluntad, sino que se trata de discutir y encontrar modelos alternativos de producción para lograr una mejor distribución interna de la riqueza (tanto en el ámbito nacional como internacional) y un acceso democrático a los recursos y al establecimiento de reglas diferentes para el orden económico internacional.

Pobreza y crisis ambiental son dos fenómenos que marchan estrechamente unidos, si queremos realizar un análisis correcto de dicha problemática. De ahí que las preocupaciones ambientales globales difieran, en el Sur, dada sus condiciones de vida materiales, de los puntos de vista del mundo desarrollado económicamente. En estos últimos, hay una preocupación entrecorrida por la calidad de la vida, pues son los principales contaminadores y exterminadores del medio ambiente.

Contrariamente a lo que pueda pensar la conciencia común, de que sería razonable reducir el tamaño de la familia por las condiciones de pobreza, el crecimiento de la población en las condiciones de pobreza se

comporta similar al de otras especies bióticas, es decir, encuentran en la *cantidad*, el refugio para la preservación de la vida de la especie misma mientras más adversas sean sus condiciones de existencia.

La expansión urbana y de las ramas de la producción, resultado de la concentración de los eslabones del ciclo transnacional del capital, en puntuales centros urbanos, actúa como luces sobre las luciérnagas, atrae a masas considerables de población, sin que prime otro criterio de urbanismo, que no sea la búsqueda de oportunidades, para la fuerza de trabajo haciendo de cada megaurbe, un leviatán ingobernable.

El capitalismo contemporáneo capitaliza y legitima a la naturaleza, la trata solo como medio de producción. El llamado “crecimiento económico sostenible”, solo representa los intereses de la oligarquía transnacional y no de la humanidad.

Para lograr la integridad de la naturaleza y el hombre, en bien de toda la humanidad, es necesario la reestructuración del orden económico y político transnacional sobre la base de equidad y justicia social.

Teóricamente se dio un salto cualitativo con la formulación del concepto de *Desarrollo Sostenible o Sustentable*, que integra criterios ecológicos en la definición y funcionamiento de la economía. Lo que no brotaba de la propia naturaleza del capitalismo, le llegó desde fuera, de manos de la conciencia ecológica en gestación.

El quid pro quo de la cuestión es definir si este tipo de ideal de desarrollo es alcanzable levantando solo las banderas en defensa del medio ambiente, dejando intactas las bases sociales de la producción imperialista transnacional, o si para avanzar verdaderamente en estos objetivos se requiere otro orden social, reformado o revolucionado. Como se observa, las luchas ambientales tienen un carácter político directo, porque los cambios en los patrones de producción, afectan en primera instancia a los grandes dueños de los medios de producción, máximos responsables de la división social del trabajo y de toda la cadena de impactos que el proceso de trabajo, hoy en una unidad técnica transnacional, deja como huella indeleble sobre la naturaleza.

Se nos podría objetar que los que no poseen medios de producción también contaminan, pero tendríamos que recordar que el consumo es un corolario de la producción, y que el modo en que la mayor parte de la humanidad reproduce su vida material hoy, está sellado por las leyes del capital, los excluidos del mundo del trabajo asalariado sustentado en el dinero mundial, no invernán en el gélido frío de la pobreza por elección, sino mas bien porque la cálida estación de los holgados hace décadas que cerró las puertas del desarrollo y solo acepta los talentos que perfeccionen sus estufas y los deshollinadores.

Una consigna aglutina al accionar ambientalista, *pensar globalmente y actuar localmente*. Como principio rector, el *actuar* debe tener en cuenta las características económicas, políticas, étnicas, culturales, geográficas, y otras, de las diferentes regiones que conforman nuestro planeta.

Es importante el enfoque cultural del acto de desprendimiento de cada recurso natural de su medio, la tierra. Considerar la cultura del desprendimiento, está en el campo de la axiología, de la relación valorativa del hombre con la naturaleza, en la definición de los valores que van a regular la relación de una sociedad dada con la naturaleza.

El modo en que se distribuye, y se consumen los recursos no solo tiene un fundamento económico, sino también ético. ¿Cómo entender el gasto lucrativo del agua, si hay miles de millones de hombres que no la tienen para beber?

Lo sustentable aparece en la palestra internacional en el plano no solo teórico. Se ha incorporado en las agendas de diversos gobiernos mediante la creación de agencias y ministerios de medio ambiente, en el

establecimiento de programas de carácter local o regional, como una alternativa posible, o como un ideal para armonizar las relaciones convulsas que caracterizan las relaciones existentes entre el hombre y la naturaleza.

En la medida que crecen las fuerzas productivas del hombre, el dominio de nuevos conocimientos en las ciencias, como la física, la ingeniería genética y la biotecnología, los avances en la química, entre otras, y sus aplicaciones tecnológicas, también es mayor el peligro de un sistema de producción social que no evalúe, ni científica, ni éticamente, los impactos que sobre la naturaleza, ejerza el trabajo concreto.

Una síntesis magistral de los problemas ambientales con la sociedad, la realizó Fidel en la Cumbre de la Tierra; “Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones de vida: «El Hombre»”.